

REVISTA FEM. LA VOZ DEL FEMINISMO EN MÉXICO Y LATINOAMÉRICA

J. Jehiely Hernández

El movimiento feminista que surgió desde fines de la década de 1970 en la Ciudad de México, conocido también como la “Segunda Ola Feminista” o “Neofeminismo Mexicano”, colocó al cuerpo y sus manifestaciones como centro de las nuevas demandas, tales como la maternidad, el aborto, la violencia contra la mujer, la familia, y el derecho a la participación política. De esta manera, la conquista de la libertad del cuerpo se convirtió en el estandarte del movimiento.

El neofeminismo se insertó en el agotamiento del modelo de desarrollo estabilizador¹ en el país, en el seno del fortalecimiento de la izquierda mexicana que se desarrolló después del movimiento estudiantil de 1968, de donde provenían varias militantes de dicho movimiento. Las nuevas generaciones tomaron la iniciativa drástica y estructuralmente la sociedad a partir de la educación y la comunicación. La juventud tomó una actitud contestataria frente a las autoridades y las ideas conservadoras.

Las mujeres formaron parte de varios movimientos sociales estudiantiles en la década de 1960. A pesar de que muchas de ellas fueron relegadas a labores domésticas como la preparación de alimentos, el cuidado de los demás y el mantenimiento de los lugares donde se reunían los comités, otras, en cambio, se dedicaron a imprimir y repartir volantes; formaron parte de las manifestaciones y participaron como brigadistas en las calles, hogares y espacios educativos.²

Que las mujeres no tuvieran un papel estelar en los movimientos sociales significó un punto de inflexión. Dándose cuenta de que las diferencias de rol de género ocasionaron que su participación se anclara al espacio privado sin trascendencia en lo público ni reconocimiento social, comenzaron a apropiarse de las siguientes movilizaciones y a adoptar una nueva forma de hacer política con sus propias demandas y pensamientos, desafiando el sistema patriarcal que las sometió por varias décadas.

Las neofeministas mexicanas de la década de 1970 provenían de la clase media, comúnmente universitarias de la ciudad, mientras que algunas otras contaban con una profesión

¹ Política económica también conocida como “milagro mexicano”, tuvo una duración de 1954 a 1970; fue propuesta por Antonio Ortiz Mena, entonces titular de la Secretaría de Hacienda, la cual consistía en estabilizar los precios del tipo de cambio, para estimular el ahorro y la inversión privada, nacional y extranjera. Entre los objetivos estaba la industrialización e impulsar las industrias básicas; en cambio, se pospusieron cambios urgentes en el régimen fiscal, así como en el aparato de protección comercial y en los subsidios que recibía la empresa privada vía precios y tarifas del sector público, es decir, no proponían soluciones a la escasez de recursos públicos y a la insuficiencia del mercado interno. *Cfr.* Soledad Loaeza, “Modernización autoritaria a la sombra de la súper potencia, 1944-1968”, p. 682.

² Ana Lau Jaiven, “Emergencia y trascendencia del neofeminismo mexicano”, p. 154.

como periodistas o en diversas ciencias sociales. Su contexto socioeconómico les permitía visualizar sus exigencias, identificar los abusos de poder a las que eran sometidas en los ámbitos educativos, políticos y laborales. El movimiento neofeminista enfrentó múltiples retos, porque dicha clase de abusos no afectaba a todas las mujeres del país; muchas ni siquiera podían trabajar o estudiar.

Las exigencias del movimiento pudieron comunicarse a círculos más amplios, ya que varias mujeres adheridas al feminismo podían publicar en prensa y revistas —por amistades, por trabajo o por pertenecer a ciertos círculos universitarios—; de ese modo lograron difundir parte de su agenda. Así, varias de ellas publicaron sus primeras reflexiones en torno a la condición de la mujer. Una de las más importantes fue Rosario Castellanos, quien escribió en *Excélsior* un análisis comparativo de sucesos para la consecución del voto femenino, tanto en México como en Estados Unidos.³ Asimismo, en la revista *Siempre!*,⁴ Martha Acevedo abordó el voto en favor de las mujeres, pero a través de una experiencia de viaje a San Francisco, California, con motivo del cincuentenario del sufragio femenino estadounidense.

Pronto, el movimiento feminista mexicano se apropió de las calles para manifestarse y hacerse notar. La primera actividad pública fue la manifestación en 1971 frente al Monumento a la Madre, para protestar en contra del mito de la maternidad en el preciso festejo del “Día de las Madres”, fecha exaltada por los medios de comunicación. Como resultado de esta movilización surgió el primer grupo feminista con el nombre Mujeres en Acción Solidaria (MAS).

Dicho grupo buscó alternativas para generar conciencia e invitar a más mujeres a sumarse al movimiento. La operación del MAS, con influencia de la experiencia estadounidense, se centró en la conformación de pequeños grupos encargados de recorrer zonas geográficas y con ello persuadir a más mujeres.

Su organización se cimentó en dos grupos: los de conciencia y los dedicados al estudio feminista. Por un lado, los grupos de conciencia se encargaron de escuchar, compartir e identificar las experiencias comunes de opresión a la mujer. Dada la sensibilidad de la organización al entorno y sus distintas voces, el MAS se caracterizó por su heterogeneidad, pluralidad y diversidad.

En 1972, después de dos años de organización, el MAS emprendió una serie de conferencias en las universidades de Zacatecas, San Luis Potosí, Morelia, Guanajuato, Chihuahua y Jalapa.⁵ Su influencia y poder de convocatoria las llevaron a crear un órgano informativo denominado *Ser o no ser*, que planteó constantemente el tema del aborto y sus derechos reproductivos. No obstante, dado que en el MAS también participaban mujeres del norte y sur de la república con realidades, preconcepciones ideológicas y de organización diametralmente opuestas, el MAS experimentó un primer quiebre.

Durante los siguientes años, mientras se debatía sobre el rumbo del feminismo en los medios de comunicación, los grupos conservadores criticaban al feminismo. Con el propósito de manifestar su clara oposición a la desmitificación de la maternidad, al cuestionamiento sobre la familia tradicional y al control de la mujer sobre su sexualidad, los grupos

³ Rosario Castellanos, “La liberación de la mujer aquí”, *Excélsior*, 5 de septiembre de 1970.

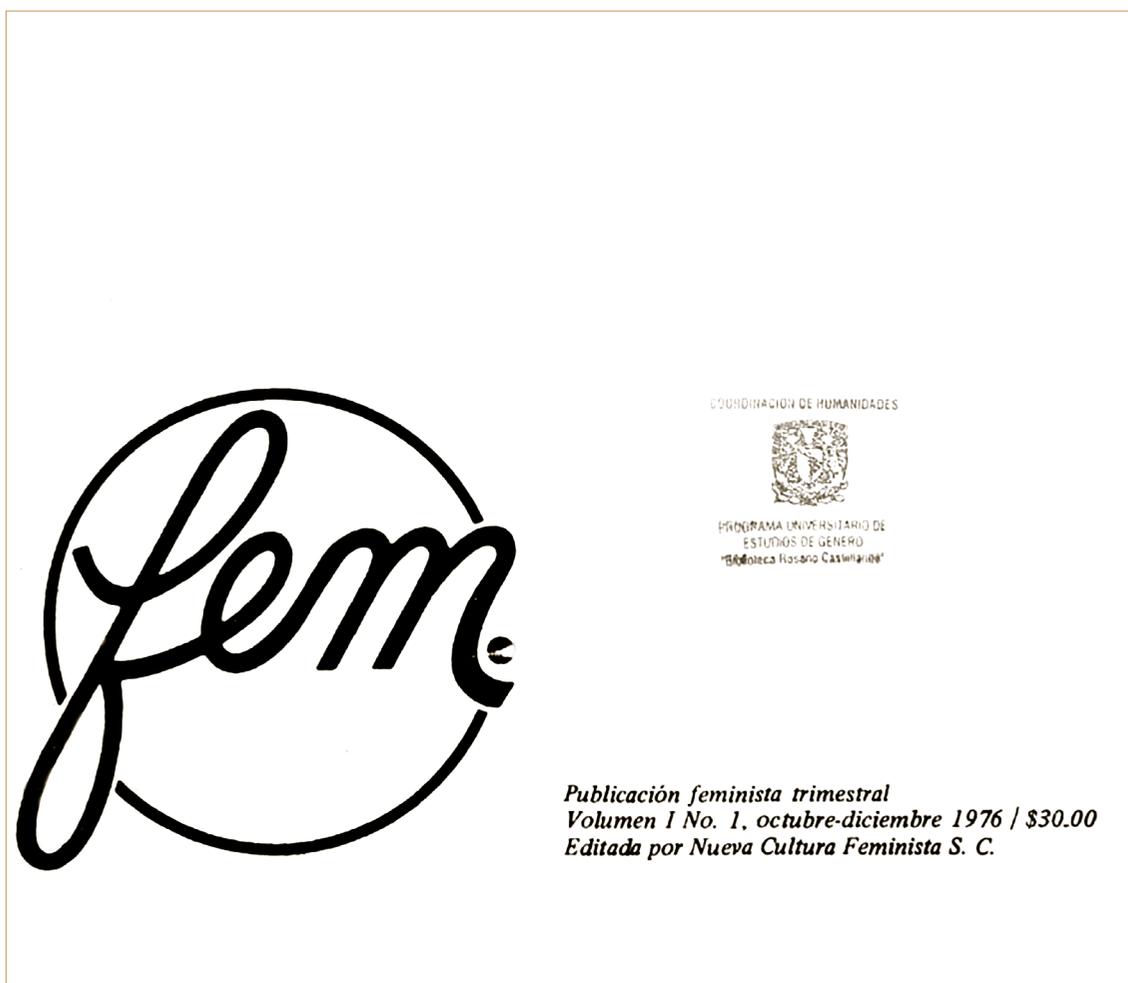
⁴ Martha Acevedo, “Nuestro sueño está en escarpado lugar”, *Siempre!*, 20 de septiembre de 1970.

⁵ Belinda del Socorro Bernal Ramírez, “Historia del movimiento feminista en México (1970-1986)”, p. 32.

conservadores tendían a argumentar falazmente que las mujeres feministas eran “brujas”, “viejas locas”, etcétera.

Una segunda ruptura del MAS se llevó a cabo en 1974, cuando el sector mayoritario se hizo llamar Movimiento de la Liberación de la Mujer (MLM), compuesto por cuadros de formación marxista y el compromiso con las causas de la izquierda. Para ellas, era de suma importancia rescatar el concepto de “liberación”, además de buscar interrelaciones con el Movimiento Feminista Internacional.

De igual manera, se originó otro grupo feminista independiente llamado Movimiento Nacional de Mujeres (MNM), organización formalmente constituida como asociación civil que abanderó la lucha del “aborto libre y gratuito”. Entre sus principales objetivos estaba luchar contra todas las formas de discriminación hacia la mujer presentes en la ley, la tradición y la familia. Por lo anterior, fueron criticadas por la opinión pública, así como por otros grupos feministas que la consideraron como una jerarquía patriarcal.



Detalle de la portada de la primera edición *fem.*, vol. 1, núm. 1 (octubre-diciembre, 1976).
Archivos Feministas, CIEG-UNAM.

A pesar de la fragmentación, los esfuerzos por extender la agenda feminista continuaron. En 1973 surgió el periódico *La Revuelta*, considerado como la primera publicación de difusión del feminismo revolucionario en México, publicación que discutió la disolución de la familia patriarcal, la socialización del trabajo doméstico y la pugna por la verdadera liberación de las mujeres y de los hombres. *La Revuelta* era un colectivo feminista que tenía la intención de compartir su aprendizaje a otras compañeras alejadas del movimiento.⁶ Sin embargo, a pesar del esfuerzo, sólo lograron emitir nueve números.

Por otro lado, al siguiente año, en 1974 nació la idea de publicar una revista que concentrara las demandas del feminismo en México y las problemáticas que enfrentan las mujeres en sociedad. Dicha idea surgió de Alaíde Foppa (1914-1980) y Margarita García Flores (1922-2009) durante un viaje rumbo a Acámbaro, Michoacán.⁷

No obstante, fue hasta 1976 —después de la experiencia del Año Internacional de la Mujer—, que el proyecto editorial se concretó bajo el nombre de *fem.*⁸ Contó con la participación de 10 distinguidas mujeres, algunas integrantes de la Coalición de Mujeres Feministas, defensoras de una vida libre de violencia, de la maternidad voluntaria y el aborto libre y gratuito.⁹ La dirección general del proyecto, en un principio fue compartida entre las principales fundadoras; sin embargo, tras el retiro de Margarita García Flores, en 1977, la dirección pasó a ser una dirección colectiva entre Alaíde Foppa, Marta Lamas, Carmen Lugo, Elena Poniatowska y Elena Urrutia.

La revista *fem.* fue presentada en el Foro de la librería Gandhi en Miguel Ángel de Quevedo, Coyoacán, Ciudad de México,¹⁰ con el apoyo de grupos feministas independientes, entre ellos el Movimiento Feminista Mexicano (MFM). Para lograr la impresión de la publicación, las mismas colaboradoras contribuyeron con recursos propios y contaron con el apoyo de la Imprenta Madero S. A., que se encargó de la tipografía, diseño, impresión y acabado.¹¹

El primer número de la revista tuvo contenidos variados, pues buscó contextualizar el problema de la mujer y difundir el discurso del movimiento feminista en México; por ello, el enfoque de esos textos fue eminentemente teórico. A partir del segundo número comenzaron a delinearse las temáticas definitivas y, en la tercera edición, Elena Poniatowska participó como titular de la redacción.

La publicación distó de ser un órgano informativo del grupo, más bien pretendió ser una revista del feminismo y su devenir. Por ello, incluyó la participación de diversas posturas del feminismo mexicano y permitió dialogar con otros movimientos sociales y grupos organizados. Tenía el propósito principal de despertar la conciencia sobre la problemática de las mujeres. Es importante mencionar que este nuevo periodismo alter-

⁶ *Ibid.*, pp. 60, 67 y 68.

⁷ J. Félix Martínez Barrientos, “*fem.* y el movimiento feminista en México”, p. 1.

⁸ Escrito con letras minúsculas tipo Script y un punto al final de la abreviación que alude a lo femenino y al feminismo. La palabra de tres letras está sobre un círculo.

⁹ Alaíde Foppa, Margarita García Flores, Elena Poniatowska, Marta Lamas, Carmen Lugo, Lourdes Arizpe, Alba Guzmán, Elena Urrutia, Margarita Peña y Beth Miller.

¹⁰ Belinda del Socorro Bernal Ramírez, *op. cit.*, p. 60.

¹¹ Stephanie Salas Pérez, “Ideas de cambio: la revista *fem.* en su primera época (1976-1985). Un colectivo de mujeres pioneras en la lucha feminista de México”, p. 31.

nativo buscó también incluir la voz masculina, con la intención de que la información fluyera de manera horizontal. Según Martínez Barrientos, *fem.* trató de construir las demandas desde la diversidad de las posiciones feministas y así difundir los principios del feminismo, socializar su lucha; terminar la imagen tendenciosa de la mujer como “objeto sexual” difundida en los medios de comunicación y, no menos importante, impulsar el potencial femenino tradicionalmente ignorado o subestimado por la sociedad en general.

La revista pretendió distribuirse masivamente con la meta de llegar a amas de casa, profesionistas y trabajadoras. Pese a lo anterior, sus principales lectoras siempre fueron las universitarias por el fácil acceso a ese público. No obstante, hubo un parteaguas que permitió que la revista se difundiera con mayor efectividad. En 1977, sus colaboradoras lograron establecer un convenio con el diario *unomásuno*,¹² al que se le añadía un ejemplar de *fem.* a cada suscriptor. Ello propició un aumento considerable en el debate público sobre cuestiones de género y el movimiento feminista.

De acuerdo con Stephanía Salas,¹³ los temas más abordados en la revista fueron el aborto y sus consecuencias en la mujer, la pérdida de trabajo por embarazo, la discriminación en grupos y partidos políticos, las experiencias de maltrato y violación, la sexualidad, las relaciones de pareja, el trabajo doméstico y la difusión de las actividades productivas del sector femenino.¹⁴

Con el paso del tiempo la publicación consiguió sostenerse de suscripciones y del trabajo gratuito de las integrantes de la dirección colectiva, así como de aportaciones externas de sus simpatizantes. Dado que la revista se ceñía a respetar el principio cultural de la edición, la revista estuvo exenta de anuncios del mercado consumidor y, en cambio, sólo se podían anunciar casas editoriales, centros de arte, eventos culturales, etcétera.

Como producto de ese principio, la revista, en sus primeros años, no contó con portadas visualmente llamativas pues, aunque el color de fondo variaba en cada número, siempre se mantuvo el logotipo. Por otro lado, la extensión de cada número rondaba las 100 páginas; su periodicidad, trimestral; su precio inicial fue de 30 pesos mexicanos. Más adelante, a inicios de la década de 1980, la revista se editó bimestralmente y sufrió cambios mayores. Por ejemplo, la portada comenzó a incluir una fotografía de una o varias mujeres de cualquier edad, o con una obra plástica relacionada al tema central. Asimismo, aumentó de dimensiones, se redujo el paginado y en esa misma década alcanzó un costo de 200 pesos.

¹² A partir del número 5 de la revista (octubre-diciembre 1977). Archivos Feministas, cieq-UNAM.

¹³ Stephanie Salas Pérez, *op. cit.*, p. 72.

¹⁴ Para saber más de los temas abordados en la revista *fem.*, véase J. Félix, Martínez Barrientos, *op. cit.*, p. 3 y 4; Stephanie Salas Pérez, *op. cit.*, p. 85.

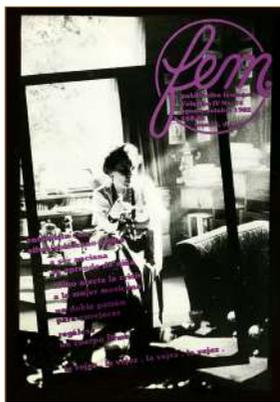
Ejemplos de portadas de la revista *fem.*



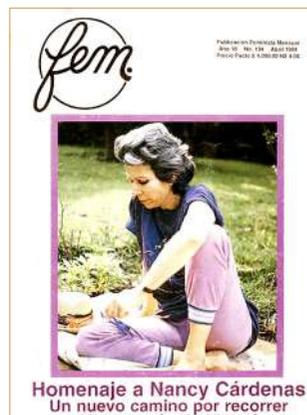
Portada *fem.*, vol. III, núm. 12
(enero-febrero, 1980).
Archivos Feministas, CIEG-UNAM.



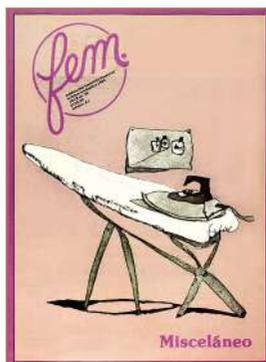
Portada *fem.*, año 13, núm. 76
(abril, 1989).
Archivos Feministas, CIEG-UNAM.



Portada *fem.*, vol. 6, núm. 24
(agosto-septiembre, 1982).
Archivos Feministas, CIEG-UNAM.



Portada *fem.*, año 18, núm. 136
(abril, 1994).
Archivos Feministas, CIEG-UNAM.



Portada *fem.*, año 8, núm. 36
(octubre-noviembre, 1986).
Archivos Feministas, CIEG-UNAM.



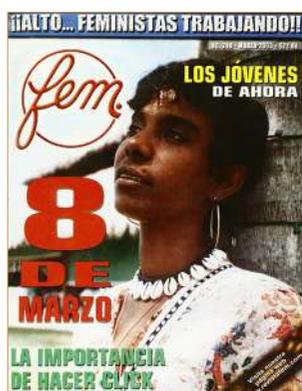
Portada *fem.*, año 20, núm. 165
(diciembre, 1996).
Archivos Feministas, CIEG-UNAM.



Portada *fem.*, año 24, núm. 202 (enero, 2000).
Archivos Feministas, CIEG-UNAM.



Portada *fem.*, año 29, núm. 2061 (2005).
Archivos Feministas, CIEG-UNAM.



Portada *fem.*, año 27, núm. 240 (marzo, 2003).
Archivos Feministas, CIEG-UNAM.

Entre sus páginas hay imágenes que ilustran y refuerzan el texto. Se trata de dibujos, grabados, pinturas, carteles, caricaturas y fotografías de artistas plásticos modernos, contemporáneos¹⁵ u obras del Taller de Diseño Gráfico de la UAM-Xochimilco. La autoría de las fotografías era diversa: Fulvio Roiter, María García, Pedro Valtierra, A. Carrillo Vázquez, Carlos Franco, Enrique Bostelmann, Patria Jiménez, Lucero González, Rotmi Enciso,¹⁶ entre otros. Ello denota el capital cultural de las autoras, así como de la red que mantenía el equipo editorial con otros intelectuales del arte.

La revista, como periodismo alternativo, tuvo predilección por el género del ensayo, las entrevistas, reportajes y crónicas. Este espacio editorial también presentó investigaciones amplias sobre temas feministas, demostrando el compromiso y la profesionalización de las y los colaboradores. El discurso que mantuvo *fem.* tuvo una estrecha relación con el “am-

¹⁵ André Derain, Picasso, Van Gogh, Rembrandt, Kathe Kollwits, *El Fisgón*, Heinrich Kley, Mauricio Watson, Juan Soriano, Christine Roche, Spare Rib, Olga Costa, etcétera.

¹⁶ Rotmi Enciso trabajó para la revista a partir de la década de 1990, realizó alrededor de 100 portadas con la propuesta de mostrar mujeres reales, mujeres en acción dentro de su cotidianidad; también publicó dibujos e ilustraciones. Para saber más, véase Rotmi Enciso, “*fem* y la revista *fem.*”, pp. 79-85.

biente intelectual universitario que pugnaba por los contenidos sociales y políticos del país, acentuando la igualdad de clases y géneros”.¹⁷

La década de 1980 marcó un parteaguas para la revista, tras la desaparición de una de sus fundadoras, Alaíde Foppa, que durante un viaje rutinario a su país natal, Guatemala, fue interceptada y secuestrada por el servicio de inteligencia del ejército guatemalteco.¹⁸ Foppa fue una admirable escritora, periodista, seguidora de la ideología marxista, defensora de los derechos humanos, simpatizante de las causas sociales de América Latina, conductora del programa radiofónico *Foro de la Mujer* de Radio UNAM y catedrática de la Facultad de Filosofía y Letras y de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la misma universidad.¹⁹

A mediados de la década de 1950, Alaíde Foppa y su esposo Alfonso Solórzano llegaron a México en calidad de exiliados a raíz de la caída del gobierno guatemalteco de Jacobo Árbenz, de cuyo gabinete Solórzano era ministro. Cabe mencionar que previo a su desaparición, sus dos hijos, miembros del Ejército Guerrillero de los Pobres, habían sido asesinados en el contexto de la guerrilla latinoamericana.

Después de este acontecimiento, la revista tomó una postura crítica hacia los gobiernos de América Latina, además de recurrir constantemente a los textos de Foppa. A partir de la edición número 24 (agosto-septiembre de 1982), la leyenda “Alaíde Foppa, siempre entre nosotras”, acompañaría a la revista hasta su último número en el año 2005.

La revista *fem.* circuló durante 29 años y fue considerada la primera revista feminista de la segunda ola en México y América Latina, siempre a la vanguardia del contexto nacional. De acuerdo con Alicia Sánchez Kuri,²⁰ la revista pasó por tres etapas de múltiples diferencias. La primera abarcó de 1976 a 1986, década en la que se conformó el proyecto editorial y la dirección colectiva;²¹ el segundo momento, en 1987, cuando bajo la dirección de Bertha Hiriart, la revista adquirió un tono más periodístico y un diseño diferente. Por último, la tercera etapa, 1988-2005, con la dirección de Esperanza Brito de Martí, *fem.* mantuvo el corte periodístico e incluso se trasladó la revista al mundo virtual y se incorporaron anuncios de empresas privadas. A pesar de que ello implicó romper el principio cultural de la revista, con dicha decisión se solventaron los graves problemas financieros del proyecto editorial.

Un año antes de la desaparición de la revista, en 2004, las ediciones comenzaron a publicarse sin una periodicidad concreta, lo que permite ver los agudos problemas de organización. A partir del tercer número de ese año, la revista recibió inversión directa del Gobierno del Distrito Federal a través del Instituto Nacional de las Mujeres. Tal hecho evidenció la alianza con otros sectores debido a la falta de recursos para sostener las ediciones correspondientes. Según Stephania Salas, lo anterior explica que “pudo haber formado parte de la cuota de género que los partidos políticos debían cubrir, pues para esos años las feministas habían conquistado diversos espacios y habían demostrado que no se podía hacer política sin las mujeres”.

¹⁷ Stephanie Salas Pérez, *op. cit.*, p. 86.

¹⁸ Véase *fem.*, vol. 4, núm. 16 (septiembre-enero, 1980). Archivos Feministas, cieq-UNAM.

¹⁹ Annunziata Rossi, “Una semblanza de Alaíde Foppa”, p. 107.

²⁰ Alicia Layla Sánchez Kuri, “*fem.* en la historia” en Hernández Carballido, Elvira y Josefina Hernández Téllez (coords.), *op. cit.*, p. 24.

²¹ A principios de la década de 1980 se integraron nuevas personalidades a la dirección colectiva: Marta Acevedo, Flora Botton Beja, Teresita de Barbieri, Isabel Fraire, Tununa Mercado y Sara Sefchovich. Así como plumas de Uruguay y Argentina.

A manera de conclusión

La revista *fem.* cumplió ampliamente con su cometido de informar al público sobre el feminismo en México, sus diversas interpretaciones, sus demandas y sus relaciones o influencias con los feminismos de otras regiones de América Latina. Fue una revista que marcó época y fue referente del movimiento feminista. Sin embargo, las vicisitudes del contexto, los retos de financiamiento y los enfoques de las distintas direcciones que se sucedieron, complicaron la periodicidad de la revista y ello, finalmente, derivó en la necesidad de requerir recursos públicos. Dicha publicación merece un reconocimiento a las mujeres que apostaron por un proyecto que, a pesar de no ser fácil de mantener, vivió casi tres décadas. Las voces y reflexiones de las y los autores se han convertido en un obligado referente para conocer la pluralidad de perspectivas sobre el feminismo en nuestro país.

Todas aquellas personas que participaron en la revista fueron marcadas por sus experiencias personales que las impulsaron a dejar testimonio de un movimiento que cimbró las estructuras políticas patriarcales y represivas predominantes. En una época en la que la juventud revolucionaria necesitaba ser escuchada y atendida, la revista *fem.* les dio voz.

El proyecto editorial también forma parte de una red de mujeres universitarias, profesionistas y literatas inquietas por hacer valer su postura frente al feminismo; abiertas a recibir críticas de su propio gremio, a ser leídas por otros sectores y convocarlas a participar. En sus páginas se construyó un discurso con la intención de difundir y debatir las ideas feministas para ampliar su conocimiento y promover su reflexión.

No está de más decir que la revista *fem.*, como fuente histórica, como referente cultural y como producción intelectual feminista en América Latina, merece más investigaciones desde la óptica de la historia, la sociología, el periodismo, la gráfica y la comunicación de la década de 1970.

